

PQ
6338
A65
M4
1926
mn

UNIV. OF ARIZONA

63.32Z M49 mn

Medina, Jose Toribi/Cervantes en Portuga



3 9001 03977 4362

20 1



JOSÉ TORIBIO MEDINA

CERVANTES EN PORTUGAL

EDITORIAL NASCIMENTO

JOSÉ TORIBIO MEDINA

CERVANTES EN PORTUGAL



EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO — CHILE — 1926



ENTRE los varios puntos oscuros que se nos presentan en la vida de Cervantes, el señor Cotarelo y Mori advierte que deben contarse la «comisión breve y especial a los dominios españoles de Africa. En 22 de Mayo de 1581 obtuvo una comisión para Orán, y estaba de vuelta en Cartagena el 25 de Junio. Fué después a Mostagán en época que exactamente no consta, y de allí trajo cartas y avisos políticos. Su campaña militar en Portugal, de lo que él mismo da testimonio en su memorial al Rey de 1590, diciendo que había servido también con el Marqués de Santa Cruz en las Terceras».

Entrando algo más de lleno en este terreno, el crítico a que nos referimos trae a cuento los dos pasajes que siguen, que toma de la *Vida de Cervantes*, de Morán: «Se dijo una y otra vez que, apenas vuelto Cervantes a

la patria, se unió a sus banderas y siguió militando en la guerra de Portugal y otros lugares. Esto parecía verosímil, puesto que así lo hizo su hermano Rodrigo; pero no puede ya sostenerse después que pareció la doble Real cédula de 21 de Mayo de 1581, expedida en Tomar (Portugal), donde se hallaba Felipe II, para posesionarse de aquel reino conquistado en un mes por el Duque de Alba.

«En ella se mandan pagar a Cervantes 50 ducados, parte de la ayuda de costa para la comisión que llevaba a Orán. Recibiólos en Tomar mismo dos días después y salió para su destino. Estaba ya de vuelta el 26 de Junio en Cartagena, donde presentó la otra Real cédula por otros 50 ducados, librados a cargo de Juan Fernández de Espinosa, pagador de las armadas, que se le entregaron».

En cuanto a la determinación de las fechas en las que nada se sabe de positivo de la carrera de Cervantes, el autor que venimos citando las fija «en los dos años que van de fines de 1581 a 1583». Y entrando en detalles sobre eso mismo, expresa: «Las efemérides no registran noticia alguna suya desde su vuelta de Orán a Cartagena (26 de Junio de 1581) hasta que en el *Romancero* de Pedro de Padilla, publicado en 1583, aparece un soneto suyo. Se le supone en mediados de ese año en Madrid, en vista de que en un documento de venta otorgado por doña Magdalena de Cervantes a Napoleón Lomelín (Pérez Pastor, *Doc. Cervant.*, I, 15) de ciertos paños, se dice que «habrá dos años, poco más o menos tiempo, Miguel de Cervantes, su hermano, por orden de la dicha doña

Magdalena empenó a Lomelín». Como complemento a esta reseña cronológica, se advierte que en 1.º de Febrero de 1584 se aprueba *Galatea*.

Saliendo de este campo escueto de meras apuntaciones de fechas, oigamos cómo discurre, basado en ellas, don Ramón León Maínez en su libro *Cervantes y su época*. (Jerez, 1901, fol., pp. 219-221):

«Al regresar Cervantes a la patria, sabiendo que su hermano Rodrigo se encontraba incorporado a su tercio en la conquista de Portugal, es muy posible que procurase ver como normalizaba su propia situación y sacaba alguna lícita recompensa de sus bien probados servicios. Hubo de intentar entonces su viaje al país vecino, y debió éste verificarse en los primeros meses del año 81. Quizás, además de los testimonios que llevaba legalizados y en toda forma, como abonadores indudables de sus méritos, contaba también con la asistencia al lado del Rey de su secretario Vázquez, a quien seguramente visitaría, aunque no fuese sino por respeto y como prueba de buena correspondencia amistosa. No creemos que Cervantes fuese destinado a su antiguo tercio. Inútil para el servicio activo de la milicia, hubo de solicitar alguna comisión o destino compatible con sus disposiciones físicas.

«Aunque en su Memorial de servicios, escrito el año 90, habla efectivamente de que «después de libertados (él y Rodrigo, su hermano) fueron a servir a S. M. en el reino de Portugal y las Terceras con el Marqués de Santa Cruz», hay que tener en cuenta, sin embargo, que tales palabras se prestan a confusas equivocaciones, por estar

englobados los hechos de ambos sin la distinción necesaria que los separe y puntualice.

«Que Cervantes estuvo seguramente en Tomar y en Lisboa, en Mayo de 1581, consta con irrecusable testimonio. Fué entonces, sin duda, cuando se le encargó una comisión a Orán...

«Sostuvo D. Martín Fernández de Navarrete que Cervantes fué embarcado en las naves que, bajo las órdenes de D. Pedro Valdés, salieron del puerto de Lisboa en el verano de 1581, para proteger las flotas de las Indias Orientales y Occidentales, y reducir las islas Terceras que se habían declarado a favor de D. Antonio, prior de Ocrato, hostiles a la dominación de Felipe II, Pero hay argumentos que invalidan esa afirmación...

«No iban en las naves de Valdés las fuerzas que mandaba D. Lope de Figueroa, en cuyas compañías estaba, como sabemos, alistado Miguel de Cervantes desde que estuvo en Italia. Los dos mil doscientos soldados que llevaba D. Lope de su Tercio y alemanes, fueron transportados en la nueva armada que salió de Lisboa poco tiempo después que la de Valdés...

«Así como no era posible que Cervantes hubiera estado el año 81 en las naves de Valdés ni en las de Fenollet, por estar desempeñando entonces las comisiones de que hemos hablado, tampoco creemos que acompañara como soldado al Marqués de Santa Cruz. Es más probable que siguiera ocupado en otras atenciones y servicios especiales, que hasta ahora se desconocen. Hay razones que parece lo persuaden así.

«Habiendo sido tan gloriosa aquella expedición en que

demostraron su heroicidad acostumbrada los españoles... ¿cómo es posible, cómo puede explicarse el silencio que guardó Cervantes sobre tan excepcionales sucesos en sus obras, tan llenas de los recuerdos de su vida y de sus íntimas impresiones acerca de los hechos de guerra que presenció y en que intervino, a no ser por la razón de no haberse encontrado en el de que se trata? —

Y aquí viene la siguiente cita de Fernández Duro (*Conquista de los Azores*, p. 43): «Algunos han creído que, como soldado del tercio de Figueroa, iba en esta ocasión embarcado en el galeón *San Miguel*, Miguel de Cervantes Saavedra; ningún fundamento escrito lo confirma; y fuera raro, habiendo sido testigo de tan grande acción, que no la sacara a plaza en alguna de sus novelas». «... Con toda seguridad debe decirse que Miguel de Cervantes no pudo haber asistido tampoco a la nueva importantísima expedición preparada para conquista y sumisión de la Isla Tercera, en el verano de 1583; empresa encomendada al mismo Marqués de Santa Cruz, y concluída con gran felicidad y gloria. Quien estuvo en ella y se distinguió con denuedo singular y bizarro, fué su hermano Rodrigo, elogiado con tal motivo por el historiador de aquella función de guerra, el auditor de la armada, licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa...

«Las victoriosas naves del Marqués entraron en Cádiz, aclamadas con júbilo, el día 13 de Septiembre. Sábese que Miguel de Cervantes residía en Madrid por entonces...» Y cita el empeño de 1.º de ese mes de los cinco paños de tafetán amarillo.

El último de los biógrafos de Cervantes, Fitz-Maurice

Kelly, ocupándose de esto mismo, opina que después de haber recibido aquél los 50 ducados que se le entregaron en Cartagena el 26 de Junio de 1581, «hasta donde es posible conjeturarlo, viró de nuevo hacia Madrid», «en vista de que en el curso del año o dos inmediatos se le halla allí relacionado con literatos: con Pedro de Padilla, por su soneto inserto en los preliminares del *Romancero*; con Rufo (1584); con Gálvez de Montalvo, que le escribió un soneto para su *Galatea* en el año siguiente.» Se niega, como se ve, que hubiera estado siquiera en Portugal; y en cuanto a lo que Cervantes dice en su memorial de 1590 sobre su campaña en Portugal y las Azores, en la forma en que aparece la frase, «parece más bien puesta por él con el ánimo de designar a su hermano Rodrigo».

Pérez Pastor (*Docs. Cervants*. I, pp. XI-XII) a quien invoca el autor inglés, después de hacer esa reflexión, añade: «...pero si tenemos en cuenta... que Miguel estaba en Tomar por Mayo de 1581, en Cartagena a fines de Junio de este año, ocupado en cosas del servicio de S. M., y en Madrid por el otoño de 1583; que el Marqués de Santa Cruz, después de haber reducido la Tercera y otras islas, entró en Cádiz el 15 de Septiembre de dicho año, se hace casi imposible que Miguel de Cervantes pudiera asistir a dicha jornada».

Tales son, expuestos con la argumentación en que se pretende apoyarlas, las conclusiones a que los críticos de estos últimos tiempos arriban para negarse a admitir la hipótesis de la residencia de Cervantes en aquel tiempo en Portugal; y yendo aún más lejos, para llegar a prestar el menor asenso a su declaración formal de haber tomado

parte en aquella expedición del Marqués de Santa Cruz. Esta doctrina es relativamente nueva, en verdad, y se aparta por completo de lo que otros biógrafos habían afirmado sobre esos particulares. Conviene que repasemos sumariamente lo que dijeron.

Por decenas pudieran citarse los escritores españoles que, sin titubear y dándola como cosa indiscutible, afirman que Cervantes residió algún tiempo en Portugal, y aún que figuró en la armada del Marqués de Santa Cruz a las Terceras, pero que hemos de omitir porque no son de aquellos que discuten la materia o escriben basados en documentos; limitándonos a recordar que, entre ellos, se cuenta, el primero, en orden cronológico y por el caudal de informaciones que adornan sus dictados, a Fernández de Navarrete. Trata, pues, sin reservas, de la estancia de Cervantes en Portugal y de su campaña a las Terceras a las órdenes de D. Lope de Figueroa, a cuyo tercio había pertenecido antes; recuerda el elogio que al Marqués de Santa Cruz consagró en el *Quijote*, y en el soneto que en su loor hizo e insertó Mosquera de Figueroa en sus *Comentarios*; y en terreno más cierto y como resumen de los recuerdos que Cervantes hizo en sus obras de Portugal, se expresa así:

«La permanencia y detención que con este motivo hizo en Portugal le proporcionaron estudiar y conocer aquel país, y las costumbres y usos de sus habitantes, de quienes fué acogido sin duda con benevolencia y apreciado como lo exigía su distinguido mérito. Su edad, que aun conservaba la lozanía y vigor de la juventud, su carácter bondadoso y apasionado, y su viva y penetrante imaginación,

le encaminaron, naturalmente, al amor, y a dar a conocer los accidentes de esta pasión en sus poesías y escritos. Decía que todos los moradores de Lisboa «son agradables, son corteses, son liberales, y son enamorados porque son discretos»; y que la hermosura de las mujeres admira y enamora; ponderaba la lengua portuguesa de «dulce y agradable»; llamaba a Lisboa «famosa y gran ciudad», y a aquel país «tierra de promisión». En tales circunstancias hay lugar de presumir que contrajo relaciones de amistad y galantería con alguna dama portuguesa, de quien tuvo por este tiempo una hija natural, que se llamó doña Isabel de Saavedra, la cual, aun casado su padre, le siguió en sus varios destinos, y vivía en su compañía y en la de su mujer cuando se hallaban establecidos en Valladolid, mientras permaneció allí la corte de Felipe III. Lo cierto es que Cervantes conservó tan viva la memoria de la buena acogida y franca hospitalidad que recibió en Portugal, que jamás pudo dejar de ser un panegirista de la cultura y religiosidad de aquella ilustre nación, y de las nobles prendas de sus naturales, como se advierte en sus escritos, especialmente en el libro III del *Persiles*, donde resalta su juicio y discernimiento a la par de su gratitud y generosidad» (página 63).

En estos párrafos, como se ve, no sólo se asiente de manera categórica a que Cervantes residió en Portugal, sino que también se procura descorrer el velo de sus relaciones amorosas en Lisboa y se nos señala el fruto que fueron su consecuencia... Un tanto prematura resulta semejante conclusión, pero no es de echarla en saco roto

por las circunstancias «graves, precisas y concordantes», de que nos hablan los textos de Derecho...

Ni estará de más tener presente lo que eseritores extranjeros, más o menos conocedores de la literatura castellana, han opinado sobre la materia de que se trata.

Recordemos, desde luego, a Ticknor. Después de hablarnos del regreso de Cervantes a España a raíz de terminar su cautiverio, agrega que «nada tiene de extraño que volviese al servicio de su patria, uniéndose a su hermano, e incorporándose, según es de creer, en su antiguo tercio, que marchaba entonces a sostener la autoridad española en el recién conquistado reino de Portugal. Se ignora cuanto tiempo permaneció en aquel reino, pero se sabe que estuvo en Lisboa y marchó con el Marqués de Santa Cruz a la expedición de 1581, y al año siguiente a la más importante de las Azores, que se resistían a dar la obediencia a Felipe II. Desde esta época se explica con claridad su profundo conocimiento de la literatura portuguesa y aquella afición vehemente a Portugal que descubre en el tercer libro de *Persiles y Sigismunda* y en otras partes de sus obras, y se manifiesta con un calor y generosidad poco comunes en los españoles, y especialmente en uno de los tiempos de Felipe II.

«No es del todo inverosímil, continúa el historiador de la literatura española, que esta circunstancia influyese algún tanto en su primera idea de hacerse escritor, idea que puso en práctica poco después de su vuelta a España con su novela pastoril *La Galatea* (*Hist. de la lit. esp.*, t. II, p. 194).

Viardot no sólo acepta como un hecho la estancia de

Cervantes en Portugal en el tiempo indicado, sino también su presencia en el combate naval de la Isla de San Miguel y en la toma de las Terceras, y reconoce las relaciones amorosas de Cervantes con una dama portuguesa (1).

Mérimée, haciéndose cargo de la observación de no haber podido Cervantes tener por aquel entonces función activa en la milicia, nota que como la infantería española, o parte de ella por lo menos, sólo usaba espada y escudo, la herida que había recibido no le inhabilitaba de hecho para el servicio; y en esa conformidad, le hace asistir al combate naval de la Isla de San Miguel. Y pasando a otro campo, continúa: «Nada se sabe de la estancia de Cervantes en Portugal, país en el que permaneció más de dos años con el tercio a que pertenecía. De la manera como se expresa de él, se reconoce que le agradó. En su última novela, *Persiles y Sigismunda*, hace el elogio de la cortesía y de la afabilidad de los portugueses. Ensalza especialmente a los habitantes de Lisboa. Las mujeres, dice, excitan la admiración y el amor. De ahí se ha llegado naturalmente a la conclusión de que había tenido una intriga amorosa en Lisboa, y como bien pronto se le halla que hospeda en su casa a una hija natural, se ha llegado a la conclusión de haber sido su madre portuguesa» (2).

De escritores ingleses, bástenos con citar el sumario del capítulo IV de la *Vida de Cervantes*, de Watts:—

(1) *Notice sur la vie et les ouvrages de Cervantes*, pp. 16-17, al frente de su traducción, París, 1836, fol.

(2) Prosper Mérimée, pp. 22-23, al frente de la traducción francesa del *Quijote* de Lucien Biart, París, sin fecha.

«Cervantes vuelve al servicio militar.—Se reincorpora en el tercio de Figueroa.—Invasión de Portugal.—Expedición marítima contra las Azores.—Cervantes sirve en el *San Mateo*.—Figura en las batalla de las Terceras.—Segunda campaña a las Azores, y regreso de la armada a Lisboa.—Abandona al fin la carrera militar.—Residencia en Lisboa.—Su afecto a Portugal.—Intriga amorosa en Lisboa.» (1).

De tiempo atrás teníamos reunidas estas y otras apuntes de que luego daremos razón, sin atrevernos a echar por nuestra parte un cuarto a espadas, como suele decirse, en este punto que se ha calificado de oscuro, no con bastante razón, a nuestro entender, de la vida de Cervantes. Hemos esperado hasta hoy poder allegar por lo menos dos documentos que contribuyesen a esclarecerlo y hasta a resolverlo, si fuera posible, cuales eran, la lista de los que militaron en el tercio de don Lope de Figueroa en aquella campaña, y que sospechábamos pudiera encontrarse en el Archivo de Simancas; y luego, el examen del de la Torre do Tombo en Lisboa, para ver si entre los protocolos de los escribanos que actuaron en la capital portuguesa durante los años de 1581 a 1583, se lograra encontrar alguna escritura de Cervantes, que, nos imaginamos, bien pudiera haber sido la de un préstamo que contrajera o, con más probabilidad aún, algún poder que otorgara. Pues bien: de Simancas se nos avisa que aquella nómina no se halla; y de Lisboa, que el archi-

(1) *Life of Miguel de Cervantes* by Henry Edward Watts, London, 1891, 12.^o.

vo notarial es tan diminuto, por causa del gran terremoto de 1755, que apenas si se conserva alguno que otro. (1) Pero ese registro, bien se comprende, para ser eficaz tendria que hacerse por el interesado, y tal cosa, muy a pesar nuestro, no nos es posible.

Poco, muy poco, será, pues, lo que podamos aportar de nuestra cosecha para la dilucidación del problema de que se trata. Hemos de discutir algunos asertos que han pasado hasta ahora sin contradicción; trataremos de determinar ciertas fechas; presentaremos con algún detalle la persona que creemos debe ser la dama portuguesa en quien tuvo Cervantes a su hija natural; y tan latamente como nos ha sido dado, cuidaremos de transcribir las reminiscencias a Portugal, a sus habitantes y a sus cosas que se hallan diseminadas en las obras de Cervantes, por lo que resultan de bien sintomáticas para apreciar hasta qué punto llegó a conocerlas no por informaciones ajenas, sino por sus propios ojos: materia de que ya nos dejó algún trasunto Fernández de Navarrete y que ha motivado un estudio especial de un moderno escritor portugués, muy semejante al que intentaremos nosotros. (2)

(1) A instancias nuevas, el Excmo. Sr. Alberto d'Oliveira, embajador del Portugal para las fiestas del Centenario de Magallanes, tuvo la gentileza de valerse de algún amigo para que averiguase en aquel Archivo la existencia de protocolos notariales de la época pertinente a la investigación de que hablamos, habiendo recibido en respuesta la siguiente nota: «Na Torre do Tombo ha livros de notas de 1584 a 1604, remetidos dos cartorios de Barcelos Junior, Borralos Junior, Emigdio da Silva, Maia Mendez e Silveira da Mota. De outros tabeliaes nao ha, sendo possivel, senao quiasi certo, que algunos se tenham perdido no terremoto de 1755.»

(2) «No lué sino ayer, observa Icaza, cuando la crítica portuguesa vió el *Quijote* con ojos propios. Primero en detalles: desde reunir en

Elemento probatorio cuya importancia es obvia y que puede contribuir a la averiguación del problema de que se trata, es sin duda el que puede sacarse de la lectura de las obras de Cervantes para que se vea hasta qué punto no le eran ajenos a su observación o conocimiento los hombres y las cosas del Portugal. Y en este terreno, es posible afirmar en el acto, que desde la primera hasta la última de ellas encierran alusiones, dictados, datos geográficos, comerciales, literarios, costumbres, la vida misma de aquella nación expuesta como él sabía hacerlo, a veces no sin dejo de sarcasmo, otras de admiración, y siempre dando pruebas de saber a carta cabal el terreno que pisaba. Por una circunstancia que es muy propia del corazón humano, es dado concluir también, que esas alusiones o referencias, escasean en un principio y revisten, ya en las postrimerías de su vida, los caracteres de recuerdos más definidos y en los cuales parece complacerse. Cualquiera psicólogo sabe que, cual lo dijo un orador romano, los viejos llevan siempre en los labios el *laudator acti se puero...*

Entremos, pues, a consignar esas referencias, que nos imaginamos no serán todas las que puedan hallarse en las obras cervantinas, ya que más de alguna se nos habrá escapado quizás. Y comenzando por la primera labor que salió de sus manos en letras de molde, cabe decir que en *Galatea* sólo hallamos tres alusiones a Portugal,

unas páginas las menciones que Cervantes hizo de Portugal, en elogio de sus bellezas naturales, de sus glorias y de sus letras.» *El Quijote durante tres siglos*, p. 103, citando a Carlos Barroso, *Cervantes e Portugal*, Lisboa, 1872.

aquella contenida en el libro V en que Aurelio, padre de la heroína, tenía concertado de casarla «con un pastor lusitano, que en las riberas del blando Lima gran número de ganado apascienta»; y más adelante en el *Canto de Caliope*, en la estrofa en que celebra a Luis de Camoens y su traductor al castellano:

Tú, que de Luso el sin igual tesoro
Truxiste en nueva forma a la ribera
Del fértil río a quien el lecho de oro
Tan famoso le hace a donde quiera:
Con el debido aplauso y el decoro
Debido a ti, Benito de Caldera,
Y a tu ingenio sin par, prometo honrarte,
Y de lauro y de yedra coronarte.

Recuerda también de la manera más entusiasta a otro poeta portugués, que había de vertir igualmente al idioma de Castilla la epopeya de Camoens, pero para aplaudirle,

Pues en dulce español al gran Toscano
Nuevo lenguaje ha dado y nueva estima,

refiriéndose a Henrique Garcés y a *Los sonetos y canciones del Poeta Francisco Petrarcha que traducía de lengua Thoscana en castellana*, entre cuyos preliminares, conviene anotarlos como circunstancia que no debe pasar inadvertida, iba la aprobación de Pedro de Padilla, y la no menos curiosa de que Cervantes pudiese hablar en ese su *Canto* de un libro que sólo había de ver la luz pública en 1591.

Por cierto que no les atribuimos gran importancia a estas referencias. El pastor que debía llevarse de las riberas del Tajo a la hermosa Galatea, pudo el autor señalarle la patria portuguesa porque así convenía para el desarrollo de su fábula; ni es cosa que deba sorprendernos que en el Canto aquél se haga recordación del más excelso de los poetas portugueses, ni del otro que en octava rima vertiera sus *Lusiadas* al idioma de Castilla. (1).

En el *Quijote*, ya las alusiones a obras portuguesas son más abundantes. Desde luego, en el escrutinio de la librería del hidalgo manchego se nos ofrece el pasaje aquel en que al llegar a la *Diana* de Montemayor, el Cura concluye por decir que era de parecer no se quemase, «sino que se quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros».

Allí mismo, después de mencionar el *Tesoro de varias poesías* de Pedro de Padilla, ordena que se guardase, «porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito», entre las cuales, es evidente que aludía al *Romancero*.

Y es de notar que estas dos referencias envuelven algo más de lo que *prima facie* pudiera pensarse. Al recordar a Montemayor, ya aparece su nacionalidad portuguesa, y

(1) Apuntemos, aunque más no sea como circunstancia curiosa, el aparecer Caldera colaborando en unión de Cervantes, ambos con un soneto, al elogio del Marqués de Santa Cruz en el libro de Mosquera de Figueroa que luego nombraremos.

más allá aún, el hecho de que aquella su obra estaba destinada a servir de modelo para *Galatea*. Cuando se trata de Pedro Padilla y de ese su libro, no citado con sus letras, pero ciertamente aludido en términos generales, justo será reconocer que había sido autorizado para imprimirse desde Portugal, y que llevaba entre sus preliminares un soneto de Cervantes. Coincidencia es ésta bastante decidora de por sí y sobre la cual no hemos de insistir por el momento.

Pero aún antes de ambas referencias, que la similitud del asunto nos ha permitido agrupar, téngase presente que ya en el Prólogo del *Quijote*, Cervantes, al hablar del Tajo, advierte que muere en el mar «besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa.»

En el capítulo XIII de la Primera Parte, pintando don Quijote el abolengo de que descendía la señora de sus imaginados pensamientos, tiene cuidado de advertir que no procede de ciertas linajudas familias de España, ni de las de los Alencastres, Pallas y Meneses de Portugal... En el capítulo XX el pastor del cuento de Sancho «se encaminó por los campos de Extremadura a los reinos de Portugal.» Y ese pastor, después de huir de la ingrata Torralba, va a detenerse en las márgenes del Guadiana antes de pasar con su rebaño a Portugal. Y más adelante, recordando el curso de ese mismo río, advierte que entra pomposo y grande en Portugal. Y apurando la materia geográfica, nos dice también que el reino de la princesa Micomicona era mayor que juntos Castilla y Portugal.

En la Segunda Parte, al hablar el escudero de don

Quijote del éxito alcanzado por la que ya se había publicado con las hazañas de su amo, de que daban testimonio más de doce mil ejemplares que se habían impreso, invoca como testimonio a las ediciones que de ella se habían hecho en Barcelona, Valencia y Portugal.

Allá en las profundidades de la cueva de Montesinos, el Caballero de los Leones promete a su amante imaginada recorrer por causa de ella las siete partes del mundo con más puntualidad aún que lo hiciera el infante don Pedro de Portugal. En la memorable plática que don Quijote tuvo con el Canónigo de Toledo, le pregunta «si no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué a Borgoña y se combatió en la ciudad de Bas con el famoso señor de Charny, llamado Mosen Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honra e fama».

Todavía tiene un recuerdo para «el excelentísimo Camoens» al advertir que una de las églogas que habían de representar las pastoras era del gran ingenio portugués.

No faltan tampoco reminiscencias a cosas portuguesas en dos de las *Novelas ejemplares*. En *El casamiento engañoso* al criticar Berganza a los que hablando mal el latín mezclan su ruin lenguaje, como cobre dorado en las conversaciones eruditas, dice que hay que descubrirlos «porque no anduviesen engañando al mundo..., como hacen los portugueses con los negros de Guinea...»

Portuguesa era la negra Guomar de *El Celoso Extremeño*, y cuando Loaísa trata de atraer al negro guardián a su partido, le dice que las tonadas que sabía eran tales, «que hacen pasmar a los mismos portugueses.»

En *La Española Inglesa*, después de separarse Ricaredo de Isabela para seguir la derrota de las Islas Terceras, paraje en que de ordinario se cruzaban naves portuguesas que regresaban de las Indias Orientales, encuentra al efecto una de ellas, y «preguntándoles Ricaredo que qué navío era aquél, respondieron que era una nave que venía de la India de Portugal, cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valían más de un millón de oro... Aquella nave es de las que vienen de la India de Portugal;... se comenzó a descargar la gran nave, que en ocho días no acabó de dar la mucha pimienta y otras riquísimas mercaderías que en su vientre encerradas tenía.» En esa misma novela, al despedirse Isabela para España, el capitán de la nave promete a la Reina de Inglaterra que aportará a Lisboa, Cádiz o Sevilla.

En *El Licenciado Vidriera* se nos presenta el portugués aquel que se teñía las barbas, y que altercando con un castellano, dicele: «por estas barbas que tengo en el rostro»; a que le replica el Licenciado, que no dijera *tengo* sino *fiño*.

En *La fuerza de la sangre*, el seductor de Leocadia, llévala con los ojos vendados cerca de la iglesia de la plaza, y para que jamás pudiera reconocerle, le dice en lenguaje medio portugués y medio castellano, que de allí podía marcharse a casa de sus padres.

En *La tía fingida* se nos presenta desde luego ésta como «una reverenda matrona, con unas tocas blancas como la nieve, más largas que sobrepelliz de canónigo portugués.» ¿Y cómo no recordar la pintura que en esa novela hace Cervantes por boca de la Tía de los portu-

gueses, después que ha dado ya a Esperanza noticia de los parroquianos oriundos de las diversas provincias de la Península? «Pues ya los portugueses es cosa larga de describirte, le advierte, y pintarte sus condiciones y propiedades, porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema; mas la de todos, por la mayor parte, es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en lacería.»

En las *Comedias y entremeses*, tales referencias son escasas. Hallo una en *La Gran Sultana*, jornada II, cuando por boca de Madrigal dice Cervantes, con referencia a la lengua portuguesa;

Mostraréle las melosas
Valenciana y portuguesa...

Y estas otras dos en *La guarda cuidadosa*: la primera, en aquel vendedor ambulante que pregona el hilo portugués; y más adelante el soldado que sanfarroneando, dice que «no le han atemorizado tiros mayores que el de Dio (Diu), que está en Lisboa.»

En cambio, en una esfera más elevada y en una obra cervantina del más alto vuelo, esas reminiscencias resultan relativamente copiosas. Aludo a su *Viaje del Parnaso*. Allí, torna a recordar las naves que volvían cargadas de la India, en estos términos:

Así como las naves que cargadas
Llegan de la Oriental India a Lisboa,
Que son por las mayores estimadas,

Esta llegó desde la popa y proa
Cubierta de poetas, mercancía
De quien hay saca en Calicut y Goa.

Ya antes, haciendo en el Capítulo IV la pintura de la Poesía, tiene este concepto:

Verás cómo le prestan las florestas
sus sombras...

Perlas, el Sur, Sabea sus olores
el oro Tíbar, Hibla su dulzura,
galas Milán, y Lusitania amores.

Reminiscencias ambas, ya se notará, que repetía aquí, como si en su mente le trabajaran los recuerdos de aquellas grandes naves y los amores de las lusitanas...

Entrando ya a la enumeración de los poetas portugueses a quienes les concedió lugar en el *Viaje del Parnaso* tenemos en primer lugar mencionado en ese mismo canto IV:

Aquel discreto Juan de Vazconcelos
Venía delante en un caballo bayo,
Dando a las musas lusitanas celos.

Más adelante, en el canto VII, entra ya muy de propósito a ocuparse de los poetas portugueses, diciendo:

De la alta cumbre del famoso Pindo
Bajaron tres famosos lusitanos,
A quien mis alabanzas todas rindo.

Con prestos pies y con valientes manos
Con Fernando Correa de la Cerda
Pisó Rodríguez de Lobo monte y llanos.

Y porque Febo su razón no pierda,
El grande don Antonio de Ataíde
Llegó con furia alborotada y cuerda.

No son, pues, escasas que digamos las citas que Cervantes dedica a poetas lusitanos en su *Viaje del Parnaso*, a que habrá que añadir, bien se recordará, las que hacía antes de Camoens. ¿Conociólos, acaso, o por lo menos a alguno de ellos? Me inclino a creer que no. Pero, ¿por que daba lugar entre esos poetas a don Antonio de Ataíde, que ni hasta entonces ni después, llegó a publicar, por lo menos, poesía alguna? Cervantes no alude a semejante hecho y si le recuerda es, a nuestro entender, por la figuración que le había cabido en el servicio militar, con más precisión aún, por haber tomado parte, según es de presumir, en la expedición del Marqués de Santa Cruz a las Islas Terceras.

Llegamos con esto al examen de la obra que Cervantes no alcanzó a ver impresa y que consideraba podría contarse como la mejor o la peor de las suyas: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, en la que las alusiones a Portugal y la pintura que especialmente hace de su capital y de las gentes que la habitaban revisten los caracteres de algo que se ha visto con los ojos. Veamos cómo los viajeros arriban a Lisboa. «Dijo el grumete que avistó la tierra: ¡Abricias! ¡Tierra, tierra! aunque mejor diría, cielo cielo, porque sin duda estamos en el paraje de la famosa Lisboa»... Y entrando luego a describirla: «Aquí en esta ciudad verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen...; aquí el amor y le honestidad se dan las manos y se pasean jun-

tos; la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía; todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos; la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el universo; su puerto es capaz, no sólo de naves que se puedan reducir a número, sino de selvas movibles de árboles que las naves forman: la hermosura de las mujeres admira y enamora; la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen; finalmente, esta es la tierra que da al cielo santos y copiosísimo tributo.»

La lectura sin prejuicios de este sólo párrafo deja bien entrever que quien lo redactó no lo tomaba de ajeno relato; los hechos que pasa en revista, las apreciaciones que hace son de cosecha propia, y bien sintomático resulta, a este respecto, aquella frase intercalada casi al final: «como ellos dicen», o lo que tanto vale, como lo he oído de su boca.

Pero no es esto sólo. Sigamos el relato y de nuevo se nos presentarán detalles y observaciones que acusan la presencia en aquellos sitios de quien los describe. Llegan a Sangián (San Julián), donde se registró el navío, y allí el castellano del castillo y los que con él entraron en la nave no escasearon sus muestras de admiración; y aquél envió al Gobernador de Lisboa, que entonces era el Arzobispo de Braga, por ausencia del Rey, la nueva de la venida de los extranjeros. Atraca el navío a la ribera de la ciudad y desembarcan en la de Belén, porque quiso Auristela, enamorada y devota de la fama de aquel san-

to monasterio, visitarlo primero. Siguen por tierra a Lisboa. Y nuevas observaciones sobre el carácter e inclinaciones de sus habitantes; ya «por tener casi en costumbre morir de amores los portugueses; ya para darle la razón al que le había ponderado el epitafio de don Manuel de Sousa Coutiño, «en el escribir de los cuales tiene gran primor la nación portuguesa...»

Otro detalle que vale la pena de recordar como pintura de aquella ciudad es lo que cuenta el polaco: «Digo que la primera noche que entré en Lisboa, yendo por una de sus principales calles, o rúas, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me había parecido bien una en donde me había apeado....»

Y como complemento de que tales pinturas no obedecían a efecto de la fantasía, o procedían de ajena información, se detalla en seguida el itinerario que los personajes de la novela siguen al partir de Lisboa, tan exacto y preciso en sus detalles, que nadie pondrá en duda que los han tocado con la mano, si así puede decirse. De la capital portuguesa toman la vía de España y llegan a Badajoz; de allí se encaminan a Guadalupe; se recuerdan las dos entradas que guían al valle, «que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe»; se da cuenta de las mandas que se hallaban colgadas de las paredes del templo; de Guadalupe se dirigen a Trujillo, para recordar con ese motivo a don Francisco Pizarro y a D. Juan de Orellana, «ambos mozos, ambos ricos, y ambos en todo extremo generosos»; pasan de allí a Talavera, «donde hallaron que se preparaba para celebrar la gran fiesta de la Monda....»

Y como si se quisiera poner el sello a la efectividad de los hechos de que en la novela se trata que no fueran partos sólo de la imaginación, se advierte que la vuelta a Madrid de uno de sus personajes se efectúa en los momentos «en que estaba recién venida la corte del gran Felipe III....» Digamos, por consiguiente, en 1606.

Cuando todo esto vemos, no creemos estar equivocados al presumir, afirmar, diríamos mejor, que quien lo ha escrito lo ha palpado y tenido delante de sus ojos. Entre los hechos de que se ha hecho mención vale la pena de recordar aquel de las naves que volvían de la India Oriental a Lisboa, en el cual Cervantes llega a insistir por dos veces, y en una de ellas con tanta precisión, que afirma haber tardado, en una, la descarga de las ricas mercancías que conducía, más de ocho días. Pues bien, el cronista de la conquista de Portugal, el prolijo y siempre bien informado Antonio de Herrera, trae la noticia de que tres días después de la batalla que trajo como consecuencia la toma de la ciudad capital de aquel reino, esto es, el 28 de Agosto de 1580, llegaban a fondear en el Tajo «las naves de la India de Portugal..., tan ricas, que traían el valor de tres millones» (1). Si esto pudo saberlo más tarde Cervantes, probable es que viera un espectáculo semejante en el mes de Julio del año siguiente, en que de nuevo fondearon en Lisboa (2).

Y pues llegamos a establecer esta deducción, tiempo es

(1) *Cinco libros de Antonio de Herrera de la Historia de Portugal y conquista de las Islas de los Açores en los años de 1582 y 1583*, Madrid, 1591, 4.º, fol. 130.

(2) *Id.*, *id.*, ol. 151.

ya de que procuremos determinar la fecha de la llegada de Cervantes a Portugal y el tiempo que permaneció en ese país.

Queda ya dicho que Cervantes, después de desempeñar la comisión que se le confirió para Orán en 22 de Mayo de 1581, se le halla de regreso en Cartagena el 26 de Junio, día en que recibió de manos del pagador de las armadas 18,750 maravedís, como entero de la ayuda de costa que para su viaje se le había concedido. El último de los biógrafos de Cervantes, al recordar ese hecho, opina, según queda apuntado, «que hasta donde es posible conjeturarlo, viró de nuevo hacia Madrid y probó fortuna en las letras. Se puede llegar a esta conclusión por el hecho de que en el curso del año o de los dos años siguientes le hallamos en Madrid relacionado con algunos literatos de la corte: con Pedro de Padilla, en cuyo *Romancero* (1583) colaboró por medio de un soneto laudatorio...» Detengámonos por un momento aquí. Estamos lejos de participar de semejante opinión. Nada le llamaba a Cervantes por ese entonces a Madrid; por el contrario, todo le inducía a encaminarse a Portugal, donde estaba por ese momento la corte de Felipe II, que acababa de llegar precisamente a Lisboa el 29 de Junio (1) o sea, en los precisos días en que él regresaba a Cartagena, y elemental nos parece que allí debía presentarse para dar cuenta de la misión que se le había confiado; en Lisboa, bien sabría que se hallaba el secretario del monarca, Mateo Vázquez de Leca, a quien desde su cau-

(1) Herrera, ob. cit., fol. 149 vltó.

tiverio había dirigido su famosa epístola, y de cuyo favor algo se imaginó esperar; también el tercio de don Lope de Figueroa, a que él había pertenecido, y en el cual militaba aún su hermano Rodrigo; por su carácter de soldado, no podía menos de sentirse solicitado por el deseo de tomar parte, por pequeña que fuese, en la campaña en que el ejército español se hallaba por entonces empeñado. Ni es cierto tampoco que del hecho de figurar un soneto suyo en el *Romancero* de Pedro de Padilla impreso en Madrid en 1583 resulte forzosamente su presencia en la capital del reino; por la inversa, la circunstancia de no llevar data alguna y cuando sabemos que el privilegio concedido al autor para su *Romancero* está fechado en Lisboa el 22 de Septiembre de 1582, autorizan más bien para creer que, tanto Cervantes como Padilla, se hallaban en esos días en Lisboa; de tal modo, que respecto de este último, al menos, todo lo que puede afirmarse es que cerca de seis meses más tarde había cambiado su residencia a Madrid, desde donde data su dedicatoria el 4 de Marzo de 1583. A nuestro entender, las relaciones de amistad de ambos literatos han debido de iniciarse en la capital portuguesa.

Argumentar como vemos que hace Fitzmaurice-Kelly sea nos antoja lo mismo que buscar el medio día a las dos de la tarde. No hay comprobante alguno de que a Cervantes se le halle fuera de los sitios en que naturalmente debió de permanecer. De una escritura otorgada en Madrid el 10 de Septiembre de 1585 por Rodrigo de Cervantes y doña Magdalena de Cervantes aparece que por entonces «habrá dos años», poco más o menos tiempo,

Miguel de Cervantes había empeñado a Napoleón Lomelín cinco paños de tafetán para aderezo de una sala. Es curioso que hasta ahora no parezca semejante documento de empeño, que pudo o no ser otorgado en Madrid, pero que se ha tomado como base para establecer la presencia de Miguel en aquella ciudad en una fecha que debe referirse, bien se deja entender, al mes de Septiembre de 1583 o a alguno muy inmediato. Y tal sería la única base de que pudiera partirse para llegar a fijar la presencia de Cervantes fuera de Portugal. Mientras no tengamos prueba en contrario, aceptémosla, y si bien creemos que la fluctuación del más o menos apuntada en esa escritura, debe referirse a un tiempo posterior aún a este último mes, veamos si está reñida con lo que Cervantes, no ya por deducciones más o menos fundadas, pudo ejecutar en Portugal durante el tiempo transcurrido entre Junio de 1581 y Septiembre de 1583.

Ya se comprenderá que nos referimos a la aserción estampada por él en su memorial al Consejo de Indias, proveído en 21 de Mayo de 1590, que conviene reproducir a la letra: «... y después de libertados (él y Rodrigo su hermano) fueron a servir a V. M. en el reyno de Portugal y a las Terceras con el Marqués de Santa Cruz...» Ya se recordará que algunos críticos, en vista de esta frase, se pronuncian porque «parece más bien puesta por él con el ánimo de designar a su hermano Rodrigo...» Francamente, que no logramos atinar el fundamento de semejante interpretación. Cervantes no hace distinción alguna entre él y su hermano en la participación que les cupo en aquellos sucesos: ambos «fueron», dice:

¿de dónde, por consiguiente, eliminarlo a él de semejante participación?

En abono de la no presencia de Cervantes en tales jornadas, se ha insistido en que, contra lo que era de uso en sus escritos, no las recuerda en ellos. Ciertamente que no, diríamos, en la extensión con que procede cuando se trata de la de Lepanto, porque, seguramente también, no alcanzó para él la trascendencia que ésta, en la que vió perdido el uso de su mano izquierda combatiendo con el desnudo que sabemos; pero, ¿acaso es cierto que no las mencione de manera más o menos indirecta? Ahí está para demostrar lo contrario de lo que se afirma el elogio que al Marqués de Santa Cruz tributó en el capítulo XXXIX de la Primera Parte del *Quijote*, llamándole «rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamás vencido capitán» (1).

Años más tarde, cuando en 1615 publicaba sus *Comedias y ocho entremeses*, en la que intituló *El gallardo español*, tiene también un recuerdo para el Marqués en la jornada III:

Don Alvaro Bazán, otro excelente
Caballero, famoso y de ventura...

Un don Alvaro Bazán,
Terror de naciones fieras,
A pesar de tus galeras
Ha dado socorro a Orán...

(1) Y permítasenos, con ocasión de esta cita, traer aquí la opinión de D. Julio Cejador respecto a la presencia de Cervantes en las jor-

Y esto es nada comparado con lo que le decía en el soneto que puso (fol. 177) en su elogio en el *Comentario en Breve compendio de disciplina Militar, en que se escribe la jornada de las islas Açores*, de Cristóbal Mosquera de Figueroa, impreso en Madrid en 1596, y que por algo, sin duda, fué llamado por el autor para escribirlo, y que comienza así:

No ha menester el que tus hechos canta,
Oh! gran Marqués, el artificio humano,
Que a la más sutil pluma y docta mano
Ellos le ofrecen al que al orbe espanta...

Y por lo que respecta a los lugares en que se desarrollaron los hechos militares de que hablaba en su memorial, no los olvidó tampoco, como bien lo manifiesta aquel pasaje de *La Española inglesa* en que menciona a las Terceras, que tuvimos ocasión de ver antes.

Llega con esto el momento de examinar si, como creía el erudito Pérez Pastor, Cervantes no pudo de hecho figurar en la campaña de las Azores. Dijimos que para llegar a ese resultado se fundaba en que Cervantes se hallaba en Cartagena en fines de Junio de 1581; que se le encuentra igualmente en Madrid por el otoño de 1583, y que habiendo entrado el Marqués de Santa Cruz en Cádiz después de sus triunfos en aquellas islas el 15 de Septiembre de ese mismo año, se hacía casi imposible que Cervantes hubiese podido tomar parte en ella.

nadas de que hace mérito en su citado memorial de 1590; al llegar a este pasaje: «En la empresa de las Terceras militó bajo sus órdenes (del Marqués) Cervantes, junto con su hermano Rodrigo...»

Mas, ¿de dónde puede deducirse que Cervantes permaneciese hasta entonces a bordo de alguna de las naves de la escuadra de D. Alvaro de Bazán? Por el contrario, no faltan antecedentes dignos de consideración para creer que después de su campaña,—digamos desde luego de la primera realizada a las Azores,—hubo de quedarse en Lisboa. Y aún más: si la fecha de Septiembre de 1583, que se estima, en poco más o menos, como aquella en que se vuelve a encontrar a Cervantes en Madrid fuese exacta, ella no puede ser obstáculo para que se acepte que a aquella ciudad llegara luego después de su arribo a Cádiz en el día que se indica. Pero, ya se verá, todo induce a pensar que el camino que tomó Cervantes para trasladarse de Lisboa a Madrid fué otro muy diverso...

El examen de la obra de Antonio de Herrera ya apuntada creemos que permite señalar con perfecta claridad la posible participación de Cervantes en la primera de sus dos gloriosas campañas del Marqués a las Terceras. D. Lope de Figueroa, que mandaba el tercio a que de antes había pertenecido Cervantes, partió de Lisboa en dirección a aquellas islas el 25 de Julio de 1581 (fol. 155); y ya sabemos que Cervantes estaba en Cartagena desde un mes atrás, de modo que nada se opone a que hubiera podido incorporarse a ese su antiguo tercio. Herrera advierte que en las naves de Figueroa iban «cuatro compañías del tercio de Nápoles, soldados viejos»; y este es otro antecedente para creer que bien pudo contarse entre ellos a Cervantes. Llega Don Lope a la isla de San Miguel, donde nada pudo hacer por falta de gente y poca armonía con don Pedro de Valdés, y se regresa a Lisboa.

El 10 de Julio del año siguiente de 1582, parte de Lisboa el Marqués de Santa Cruz con 31 navíos y cinco patajes, en los que iban cinco mil soldados españoles, a cargo del maestro de campo don Lope de Figueroa y don Francisco de Bobadilla, y el 25 triunfa en la isla de San Miguel, para hallarse de regreso en Lisboa el 10 de Septiembre (fol. 183). Dando por sentado que Cervantes estuviera en Madrid en el otoño del año siguiente, sobrado tiempo, meses había tenido por delante, para hacer cierta su afirmación, y manifestada nada menos que al monarca, — «de haber ido a servir a V. M. en el reyno de Portugal y a las Terceras con el Marqués de Santa Cruz».

Y al llegar a este punto, parece necesario insistir en que las efemérides cervantinas no registran nada de bien averiguado hasta el 1.º de Febrero de 1584, en que se le firma en Madrid la licencia para la impresión de la *Primera Parte de Galatea*. Completa esta indicación lo muy probable que resulta que su autor escribiese esa su obra, o gran parte de ella por lo menos, allá en Lisboa (1).

De la figuración que a Rodrigo de Cervantes cupo en la jornada de que hacía mérito su hermano Miguel no hay que hablar, pues tan brillante fué, que el Marqués le aventajó y que en 1584 fué ascendido a alférez. Y siendo esto

(1) Bonilla y San Martín en la Introducción a su edición de *Galatea* dice: «Y no es inverosímil suponer que la novela fué redactada después que Cervantes volvió a Madrid (en diciembre de 1580) de su cautiverio en Argel. Puede colocarse, pues, entre primeros de 1581 y últimos de 1583, la época de elaboración de *Galatea*». Como se ve, coincidimos con el insigne humanista español en la fecha que atribuimos a la redacción de la obra cervantina, apartándonos por completo de su opinión en cuanto al lugar en que fuera elaborada.

así, preguntamos, ¿cómo aventurarse a decir que la frase en que Cervantes habla de sí y de su hermano, la estampó con ánimo de designar a éste, que por su comportamiento en la jornada para nada necesitaba que se le reforzase de palabra en el memorial de 1590?

Pero qué mucho, cuando leemos que Fitzmaurice-Kelly, —siempre dispuesto a deprimir y apocar de manera solapada e hipócrita, con apariencias de imparcialidad, al autor del *Quijote*,—le vemos afirmar, al hablar de esa frase, que «no puede en rigor aplicársele a Cervantes mismo: él no salió de Argel sino cuando la campaña de Portugal había terminado», que es lo último a que puede llegarse en materia de errada interpretación de los documentos, y sabe Dios si de buena fe; para continuar en seguida diciendo: «y aunque no tenemos una relación precisa de sus gestas durante la expedición a las Azores, —y aquí nótese la flagrante contradicción con lo que acaba de expresar,—se acerca ya a lo cierto, aunque dicho de manera despectiva,—cuando añade: «parece probable que por entonces ocupaba su tiempo en andanzas menos pintorescas que el servicio militar». Sin que nos diga cuáles fueran ellas, pero que bien deja entender que aludía a ciertos amoríos de Cervantes. Tal será también el último punto de que nos ocupemos en esta por todos conceptos ingrata disquisición.

Por demás sabido es que Cervantes tuvo una hija natural que se llamó Isabel de Saavedra. Para en parte de la determinación de la época en que naciera, contamos con una declaración suya, prestada en 30 de Junio de 1605, en la que confesó ser por entonces de edad de

veinte años, o sea, que había nacido allá por el año de 1585. Semejante declaración, como observa el biógrafo inglés de Cervantes, «puede ser aproximadamente correcta»: pues bien sabido es, que tratándose especialmente de mujeres, suelen éstas quitarse meses y años, resta que corre parejas con la edad que alcanzan. Es posible que, así, la fecha de su nacimiento pueda retrotraerse a una fecha un tanto anterior. Prueba manifiesta de nuestro aserto, la hallamos en una segunda declaración de la misma Isabel, prestada esta vez el 30 de Marzo de 1639, día en que juró tener a la sazón 40 años: declaración inexacta a todas luces, como lo asienta asimismo el citado biógrafo, pues que bien se ve que restaba a su edad nada menos que 15 sobre los que ella misma tenía confesados 35 años antes. No se considerará, por tanto, que bien pudiéramos referir su nacimiento a 1582 u 83, tanto más, cuanto que en la escritura en que se le nombró curador, que lleva fecha de 9 de Agosto de 1599, dijo ser menor de 25 años. No dice Isabel, ni tenía por qué, donde naciera.

Veamos ahora quien era su madre. La documentación cervantina de última hora, si así podemos llamarla, nos enseña que se llamaba Ana Franca de Rojas, o mejor, Francisca, ya que, como observa el señor Cotarelo, en Franca debe haber una apócope de Francisca, por la manera abreviada con que era de uso escribir ciertos nombres en aquellos tiempos. A su lado había vivido Isabel de Saavedra hasta los años de 1599, en que falleció, después de haberse casado con un tal Alonso Rodríguez, de quien había tenido también una hija, que se llamaba igual-

mente Ana Franca como su madre, y de quien pasaba asimismo por hija Isabel. Sábese que aquélla extendió testamento, que hasta hoy no parece, y del cual sólo se recuerda haber nombrado por su albacea a Miguel Hernández. ¿Había expresado en ese documento cuál era su patria? Es posible, pero como no lo conocemos, sólo cabe formular alguna hipótesis a su respecto.

Y esa ya la formuló Navarrete y la vimos reproducida por Mérimée: la admiración y el entusiasmo con que Cervantes se expresaba de las mujeres de Lisboa, que por su hermosura enamoraban; la fecha probable del nacimiento de Isabel de Saavedra, que coincide, más o menos de cerca, con su permanencia en Lisboa, son circunstancias que inducen a pensar que aquella su hija la hubo de una portuguesa, Ana Francisca de Rojas.

En conclusión, tenemos pues:

Primero: que Cervantes, luego de su arribo a Cartagena de regreso de su viaje a Orán, lejos de «virar a Madrid», todo le llamaba a encaminarse a Portugal;

Segundo: que su calidad de soldado del antiguo tercio de Nápoles que gobernaba don Lope de Figueroa; la presencia de su hermano Rodrigo en el ejército expedicionario a las Azores; las fechas en que tuvieron lugar algunos de los sucesos militares de aquellas campañas, que no están en manera alguna reñidas con la que se estima debe corresponder a su primera estancia en Madrid después de salido del cautiverio; todo induce a creer que la aserción que hace al monarca de haber asistido a ellas es perfectamente aceptable y de modo alguno alusiva sólo a su hermano Rodrigo.

Tercero: que el conocimiento que demuestra en varias de sus obras de las cosas de Portugal, manifiestan que lo tenía por haberlas presenciado;

Cuarto: que es dado, por los antecedentes que se han puesto de manifiesto, que su permanencia en Portugal y con más especialidad en su capital, debe extenderse desde mediado el año de 1581 hasta igual período del de 1583, por lo menos, y no sin visos de verdad hasta fines de ese año;

Quinto: que a esta conclusión induce el hecho de no registrarse huella alguna suya en España durante ese tiempo;

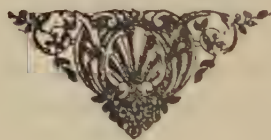
Sexto: que allí en Lisboa debió de contraer sus relaciones amorosas con Ana Francisca de Rojas, y que de ellas fué fruto su hija Isabel de Saavedra;

Séptimo: que, dada la práctica acostumbrada por Cervantes de aludir a hechos propios en los de algunos de sus personajes novelescos, es muy probable que el itinerario de los de *Persiles y Sigismunda*, después que parten de Lisboa y se encaminan a España por vía de Badajoz, de allí a Guadalupe, y luego, evidentemente a Sevilla, sea el que siguió en su regreso de la capital portuguesa a la española;

Y octavo, finalmente, que no tiene nada de improbable que gran parte de *Galatea* la escribiese allá en Lisboa.

El lector desapasionado y sin prejuicios sabrá juzgar si estamos equivocados al presentar a su consideración las conclusiones que apuntamos. Por nuestra parte, tan persuadidos estamos de que las huellas de Cervantes, que se pierden por completo en España en el lapso de tiem-

po indicado, deben buscarse en Portugal, que aun nos atreveríamos a formular la hipótesis de que allí también habrá que hallar las que corresponden a los años de 1600-1604, en que tampoco hasta ahora se descubren en parte alguna de la Península; eso sí, que, caso de resultar cierta esa suposición nuestra, los motivos de su permanencia allí deben estar relacionados no ya con su carrera militar, sino con algún asunto de familia o de negocios... ¿No habría hoy en Portugal algún Baião, un Pereira da Silva y otros investigadores de fuste que quisieran explorar el Archivo de la Torre do Tombo para resolver una vez por todas este problema de tanto interés para descorrer el velo que oculta esos años de la vida del autor del *Quijote*?





863.32Z M49



a39001 008153010b

63589

